

cianos con verdadera abnegación; hubiera robado las frutas para hacerles dulces. En vez de llevar su dinero á las cajas de ahorros, lo jugaba prudentemente á la lotería, esperando llevar alguna vez el premio gordo á sus amos. El domingo que tenían gentes á comer, estaba, á pesar de sus sesenta años, en la cocina para preparar las fuentes, y en la mesa para servir con una agilidad que habria podido compararse á la de la señorita Contat en su papel de Susana del *Casamiento de Figaro*.

Los invitados eran el juez Popinot, el tío Pillerault, Anselmo, los tres Birotteau, los tres Matifat y el cura Loraux. La señora Matifat, poco antes con un tocado en forma de turbante para bailar, se presentó vestida de terciopelo azul, gruesas medias de algodón y zapatos de piel de cabra, guantes de gamuza bordados de verde y un sombrero forrado de color de rosa y adornado con flores. Esas diez personas se reunieron á las cinco. Los ancianos Ragón suplicaban á sus invitados que fuesen puntuales. Cuando alguno invitaba á este digno matrimonio, tenía cuidado de comer á la misma hora, porque aquellos estómagos de setenta años no se acostumbraban á las nuevas horas elegidas por el buen tono.

Cesarina sabía que la señora Ragón la colocaría al lado de Anselmo; todas las mujeres, hasta las devotas y las tontas, se favorecen en asuntos de amor. La hija del perfumista se había vestido expresamente para enloquecer á Popinot. Constanza, que había renunciado, no sin dolor, al notario, el cual representaba en sus cálculos el papel de un príncipe

heredero, ayudó, no sin amargas reflexiones, al tocado de su hija. Aquella previsora madre recogió el púdico fichú de gasa para descubrir un poco los hombros de Cesarina y dejar ver el arranque del pecho de una encantadora elegancia. El cuerpo á la griega, cruzado de izquierda á derecha de cinco pliegues, podía entreabrirse y mostrar deliciosas redondeces. El vestido de merino gris plomo, con volantes bordados de agremanes verdes, dibujaba perfectamente el talle que nunca pareció más delgado ni más flexible. Las orejas estaban adornadas de arracadas de oro labrado. El pelo, peinado á la china, permitía á los ojos apreciar la suave frescura de una piel que transparentaba las venas en las que palpitaba la vida más pura. En fin, Cesarina estaba tan coquetamente bella que la señora Matifat no pudo callárselo sin advertir que la madre y la hija habían comprendido la necesidad de cautivar al joven Popinot.

Ni Birotteau, ni su mujer, ni la señora Matifat, nadie turbó la dulce conversación que los dos jóvenes, inflamados por el amor, sostenían en voz baja en el alféizar de una ventana, donde el frío se hacía sentir. Además la conversación de las personas mayores se animó cuando el juez Popinot hizo alusiones á la fuga de Roguin, observando que era ya el segundo notario que faltaba, y que semejante delito no se conocía en otros tiempos. La señora Ragón, al oír el nombre de Roguin, hizo á su hermano una seña con el pie. Pillerault habló alto para sofocar las palabras del juez, y los dos le señalaron á la señora Birotteau.



— Lo sé todo, dijo Constanza á sus amigos con voz á la vez dulce y apenada.

— Bien, dijo la señora Matifat á Birotteau, que bajaba humildemente la cabeza, ¿cómo estáis? Si diéramos crédito á las habladurías os supondríamos arruinado.

— Tenía Roguin doscientos mil francos míos. En cuanto á los cuarenta que me hizo prestar imaginariamente por uno de sus clientes, cuyo dinero lo gastó él, están en pleito.

— Esta semana se fallará, dijo Popinot. He creído que no había de disgustaros que yo explicara vuestra situación al señor presidente; ha ordenado que se examinen los papeles de Roguin en la sesión del consejo, á fin de averiguar desde cuándo los fondos del prestamista se habían malversado y ver las pruebas del hecho alegado por Derville, el cual informa en este asunto para evitaros gastos.

— ¿Ganaremos? preguntó la señora Birotteau.

— No lo sé, respondió Popinot. Aunque pertenezco á la sala que juzga el negocio, me abstendré de deliberar hasta en el caso de citarme expresamente.

— Pero ¿puede haber duda sobre un pleito tan sencillo? dijo Pillereault. ¿El documento no debe mencionar la entrega del dinero y los notarios declarar que han presenciado dicha entrega del prestamista al deudor? Roguin iría á presidio si cayera en manos de la justicia.

— Según mi opinión, respondió el juez, el prestamista debe entablar demanda contra Roguin para

cobrase del precio de la notaría ó de la fianza; pero en negocios aún más claros, á veces, en la Audiencia, los magistrados se encuentran empatados.

— ¡Cómo! señorita, ¿el señor Roguin ha huído? dijo Popinot, comprendiendo al fin lo que se decía. El señor Birotteau no me ha dicho nada, á mí, que daría mi sangre por él...

Cesarina comprendió lo que significaba ese *por él*, porque si la inocente muchacha no lo hubiese reconocido en la voz, no podía dejar de verlo en la mirada, que la envolvió entre llamas rojizas.

— Lo sé bien, y se lo he dicho; pero lo ha ocultado todo á mi madre y se ha confiado sólo á mí.

— Si le hablasteis de mí, en esa circunstancia, dijo Popinot: leíais en mi corazón; pero, ¿lo leíais todo?

— Es posible.

— Soy muy feliz, dijo Popinot. De vos depende mi dicha y mi tranquilidad, antes de un año seré tan rico, que vuestro padre no me recibirá con disgusto cuando yo hable de nuestro casamiento. No dormiré más que cinco horas cada noche...

— No abuséis de vuestra salud, dijo Cesarina con un acento inimitable, lanzando á Popinot una mirada en la que se traslucía todo su pensamiento.

— Mujercita mía, dijo César, al levantarse de la mesa, creo que estos jóvenes se quieren.

— Bien, tanto mejor, repuso Constanza con tono grave: mi hija será esposa de un hombre calculador y enérgico. El talento es el mejor dote de un pretendiente.



Se apresuró á salir del salón, para entrar en el gabinete de la señora Ragón. César había dicho durante la comida algunas frases que hicieron sonreír á Pillereault y al juez, tanta ignorancia acusaban, y que recordaron á aquella desgraciada mujer con cuán poca fuerza contaba su pobre marido para luchar con la desgracia. Lágrimas contenidas oprimían el corazón de Constanza; desconfiaba instintivamente de Tillet, porque todas las madres saben el *Timeo Danaos et dona ferentes*, sin saber latín. Lloró entre los brazos de su hija y de la señora Ragón, sin querer confesar la causa de su pena.

— Es nervioso, dijo.

El resto de la velada, los viejos jugaron á los naipes, y los jóvenes á esos deliciosos juegos llamados inocentes, porque encubren las inocentes malicias de los amores burgueses. Los Matifat tomaron parte en esos juegos.

— César, dijo Constanza al salir, procura ver lo antes posible al señor barón de Nucingen, para asegurar tu vencimiento del 15 con bastante anticipación. Si ocurriera cualquier tropiezo, ¿dónde encontrarías recursos de hoy á mañana?

— Iré, mujercita mía, respondió César, que apretó la mano de Constanza y la de su hija, añadiendo: ¡ Mis queridos tesoros, qué aguinaldo tan triste os dí!

En la obscuridad del coche, las dos mujeres, que no podían ver al pobre perfumista, sintieron caer sobre sus manos ardientes lágrimas.

— No te desanimes, amor mío, dijo Constanza.

— Todo saldrá bien, papá; Anselmo Popinot me ha dicho que derramaría toda su sangre por tí.

— Por mí, replicó César, y por la familia, ¿no es cierto? dijo alegrándose.

Cesarina oprimió la mano de su padre, como para confesarle que Anselmo era su prometido.

Durante los tres primeros días del año, llegaron doscientas tarjetas á casa de Birotteau. Tal afluencia de amistades triviales, tales demostraciones de cortesía, resultan horribles para las personas que se ven arrastradas por la corriente de la desgracia. Birotteau fué, inútilmente, tres veces al hotel del famoso banquero, el barón de Nucingen. El principio del año y sus fiestas justificaban la ausencia del hombre de negocios. La última vez, el perfumista llegó hasta el despacho del banquero, en donde el primer dependiente, un alemán, le dijo, que habiendo regresado á las cinco de la mañana el señor de Nucingen, de un baile dado por los Keller, no podía estar visible hasta las nueve y media. Birotteau supo interesar en sus negocios al primer dependiente, con el cual estuvo hablando cerca de media hora. El mismo día, aquel ministro de la casa Nucingen, le escribió que el barón le recibiría al día siguiente, 3, á medio día. Aunque cada hora llevaba una gota de amargura, el día pasó con espantosa rapidez. El perfumista fué en coche, al que hizo parar junto al hotel, cuyo patio estaba atestado de carruajes. El pobre hombre honrado sintió que se le oprimía el corazón en presencia de los esplendores de aquella célebre casa.



— Sin embargo, ha liquidado dos veces, se decía subiendo la magnífica escalera, adornada con flores y atravesando las suntuosas habitaciones en las cuales la baronesa Delfina de Nucingen se había hecho célebre.

La baronesa tenía la pretensión de que su casa rivalizase con las más ricas del barrio Saint-Germain, donde no había sido aún admitida. El barón almorzaba con su mujer. A pesar de la muchedumbre de personas que le aguardaban en las oficinas, dijo que los amigos de Tillet podían entrar á cualquiera hora.

Birotteau tembló esperanzado, viendo el cambio que había producido la palabra del barón en la fisonomía del antes insolente ayuda de cámara.

— *Berdóname querida*, dijo el barón á su mujer, levantándose y haciendo una pequeña reverencia á Birotteau, *el señor es una bersona realisda y el amigo indimo de Dilet. Además, el señor es deniende alcalde del segundo disdrido y da pailles de una manifidencia asiádiga; ya de gusdará gonocerle.*

— Me agradaría mucho ir á tomar lecciones de la señora de Birotteau, porque Fernando... (Vaya, pensó el perfumista, le llama Fernando á secas) nos habló de su baile con una admiración tanto más extraordinaria, cuando que para él no hay nada admirable. Fernando es un crítico severo, y todo hubo de parecerle bien. ¿Daréis otro baile pronto? preguntó con expresión amable.

— Señora, las pobres gentes como nosotros se divierten de tarde en tarde, respondió el perfu-

mista, ignorando si aquello era una burla ó un cumplido trivial.

— *El señor Grindod ha tirigito la tegoracion te las hapidaciones*, dijo el barón.

— ¡Ah, Grindot! ¿un arquitecto joven y guapo, que ha llegado de Roma? repuso Delfina de Nucingen. Me entusiasma: dibuja páginas deliciosas en mi album.

Ningún conspirador vejado por el cuestionario de Venecia sufrió en los borceguíes de la tortura lo que Birotteau en aquellos instantes. Creía descubrir cierta expresión burlona en todas las palabras.

— *Tampién nosodros tamos pailecidos*, dijo el barón, lanzando una mirada inquisitorial sobre el perfumista. *¡Pero guesda basdande garo!*

— ¿El señor Birotteau quiere, sin cumplido, desayunarse con nosotros? dijo Delfina, ofreciendo su mesa, suntuosamente servida.

— Señora baronesa, he venido para negocios y estoy...

— *Sí*, dijo el barón. *¿Señora, bermides que haplemos de necocios?*

Delfina hizo un signo de asentimiento, diciendo al barón:

— ¿Vais á comprar perfumería?

El barón, encogiéndose de hombros y dirigiéndose á César que se hallaba muy contrariado, le dijo:

— *Dilet doma el más vivo inderés bor vos.*

— «Al fin, pensó el pobre comerciante, abordamos la cuestión.»

— *Gon su garda, en mi gasa deneis grédido limi-*





*dado solamende bor los algances de mi bobre fortuna.*

El bálsamo consolador contenido en el agua presentada por el ángel á Agar en el desierto, debió parecerse al rocío que derramaron en la venas del perfumista estas frases tan mal dichas. El astuto barón, para tener motivos de sustraerse á palabras bien calculadas y mal entendidas, había conservado la horrible pronunciación de los judíos alemanes que se precian de hablar francés.

— *Y dendreis vuedra guenda gorriende. Vet gomo brocedeguremos*, dijo con una bondad alsaciana el cariñoso, el venerable, el ilustre banquero.

Birotteau no dudaba ya de nada; era comerciante y sabía que los que no están dispuestos á obligarse no entran jamás en los detalles del procedimiento.

— *No será bara vos nuevo que á bequeños y á grandes el Bango bide dres firmas. Así, debereis hacer dres bagarés á la orden de nuedro amico Dilet, quien los enviará en seguida gon mi firma al Bango, y vos dendreis á las quadro horas la gandidad que rebresenden vuedros bagarés. Yo no gobro gomisión ni nada bor que denco cusdo en seros acadaple... ¡Pero bongo una gondición!* dijo, acercando á su nariz el índice de la mano izquierda con un movimiento de inmutable malignidad.

— Señor barón; acordada de antemano, dijo Birotteau creyendo que exigiría una participación en sus beneficios.

— *Una gondición á la qual toy mucha imbordancia, bues quiero que mi señora dome legción, gomo ha dicho, de la senoda Bidodeau.*

— Señor Barón, ¡no os burléis de mí, os lo suplico!

— *Señor Pirodeau*, dijo el banquero muy seriamente, *gonvenito que nos gonvitareis á vuedro broximo paile. Mi mujer es celosa; quiere ver vuedra gasa te la que le guendan maravillas.*

— ¡Señor barón!

— *Si os negais no hay guenda gorriende y guebrais. ¡Hola! Ya sé que el bresgado del Sena dampiën biensa ir.*

— ¡Señor barón!

— *Recipisdeis á la Pilladiere, un gendilhombre te gámara... Ya sé dampiën que fuisdeis herito en San..*

— El 13 vendimiario, señor barón.

— *Recipisdeis al señor Lassebette, al señor Fauquelaine...*

— ¡Señor barón!

— *¡Eh! ¡garampa! No seais dan motesdo, señor deniende algalde: ya se sape que hasda el rey hapló te su paile.*

— ¿El rey? dijo Birotteau, que no podía oír cosa que más le emocionase.

Entró familiarmente en la habitación un joven, cuyas pisadas, reconocidas de lejos por la bella Delfina de Nucingen, la habían hecho ruborizarse vivamente.

— *Puenos tias, guerito te Marsay*, dijo el barón de Nucingen: *dome esde sillón mio: ticen que supen logamende mis grédidos. ¡Ya sé bor qué! las minas de Wodtschinne tan tos gapidales te renda. ¡He reba-*



sado las guendas! Deneis cien mil frangos más te renda, señora de Nucingen. Boteis gombrar quando se os ogurra bara hermosearos, aunque no lo nece-sidais.

— ¡Gran Dios, los Ragon vendieron sus accio-nes! exclamó Birotteau.

— ¿Quiénes son esos señores? preguntó el joven elegante sonriéndose.

— ¡Gaya! dijo el señor de Nucingen, volviéndose, porque estaba ya junto á la puerta, *me barece que esas bersonas... Te Marsay, esde es el señor Piro-deau: su berfumisda, que ta pailles gon un lujo asia-digo... y el rey alaba...*

De Marsay se colocó su lente y dijo:

— ¡Ah! es verdad, ya me parecía que su cara no me era del todo desconocida. ¿Vais, pues, á perfu-mar vuestros asuntos con algún cosmético delicioso? ¿á untarlos de aceite?...

— *Si, pien; los Tacón*, prosiguió el barón, ha-ciendo una mueca de hombre descontento, *esos Ta-cón... denian una guenda en mi gasa, yo les he ofre-cito una forduna, y no quisieron acuadarla ni un tia' más.*

— ¡Señor barón! exclamó Birotteau.

El buen hombre veía su asunto muy confuso, y sin saludar á la baronesa ni á Marsay salió si-guiendo al banquero. El señor Nucingen bajaba ya la escalera; el perfumista le alcanzó en la puerta de sus oficinas. Al volverse el señor Nucingen, sor-prendió la desesperación de aquella pobre criatura que se veía hundir en un abismo, y le dijo:

— *¿Gon que esdamos gonformes? Vet á Dillet, arreglad eso gon él.*

Birotteau creyó que Marsay podía tener in-fluencia sobre el barón, volvió á subir la escalera con la rapidez de una golondrina, se deslizó en el comedor donde la baronesa y Marsay debían es-tar aún; había dejado á Delfina esperando su café. Vió el café servido, pero la baronesa y el joven ele-gante no estaban allí. El ayuda de cámara sonrió al notar el asombro del perfumista que bajaba des-pacio la escalera. César corrió á casa de Tillet, que, según le dijeron, había ido al campo á ver á la señora Roguin. El perfumista tomó un cabriolé y pagó para ser conducido tan rápidamente como por la posta á Nogent-sur-Marne. En Nogent-sur-Marne el portero hizo saber al perfumista que *el señor y la señora* estaban de regreso en París. Birotteau volvió desalentado. Cuando refería su expedición á su mujer y á su hija, se quedó estupefacto al ver á Constanza, de ordinario acurrucada como un pá-jaro de mal agüero ante la menor dificultad comer-cial, dándole los más dulces consuelos y asegurán-dole que todo terminaría bien.

Al día siguiente, Birotteau se hallaba de centinela desde las siete de la mañana en la calle en que vi-vía de Tillet. Suplicó al portero que le pusiese en comunicación con el ayuda de cámara, deslizándole diez francos. César obtuvo el favor de hablar con el ayuda de cámara de Tillet, y le pidió que le intro-dujera en el gabinete del señor tan pronto como estuviese visible, y puso dos monedas de oro en la



mano del criado. Esos pequeños sacrificios y esas grandes humillaciones comunes á los cortesanos y á los pretendientes, le permitieron lograr lo que se proponía. A las ocho y media, en el instante en que su antiguo dependiente se abrochaba el batín y sacudía las ideas confusas del despertar, bostezaba y se desperezaba, rogando á su antiguo principal que le dispensase, Birotteau se encontró cara á cara con el tigre hambriento de venganza al cual veía como su único amigo.

— Hacedlo, hacedlo, dijo Birotteau.

— ¿Qué queréis, *mi buen César?* dijo de Tillet.

César confesó, no sin espantosas palpitaciones, la respuesta y las exigencias del barón de Nucingen, mientras de Tillet le oía distraído, buscando el fuelle y reprendiendo á su ayuda de cámara por lo mal que encendía la chimenea.

El ayuda de cámara escuchaba, César no había reparado en él, pero viéndole al fin, se detuvo confuso, y prosiguió luego, espoleado por de Tillet.

— Seguid, seguid, os escucho, dijo el banquero distraído.

El buen hombre tenía la camisa mojada. Su sudor se heló cuando de Tillet, mirándole fijamente, le hizo ver sus pupilas plateadas, veteadas por algunos hilos de oro, penetrándole hasta el corazón con un resplandor diabólico.

— Mi querido principal, el Banco ha rechazado vuestros pagarés endosados por la casa Claparon á Gigonnet, *sin garantía*. ¿Tengo la culpa? ¿Cómo vos, antiguo juez consular, hacéis semejantes com-

binaciones? Soy, antes que todo, banquero. Os daría mi dinero, pero no expondría mi firma á ser rechazada por el Banco. Vivo solamente del crédito. Todos hacemos lo mismo. ¿Queréis dinero?

— ¿Podéis darme todo lo que yo necesito?

— Según la cantidad que sea. ¿Cuánto os hace falta?

— Treinta mil francos.

— ¡Una enormidad! dijo de Tillet riendo.

El perfumista, ofuscado por el lujo de Tillet, quiso interpretar la risa de aquel hombre como si la cantidad le hubiese parecido insignificante, y respiró. De Tillet llamó.

— Haced subir á mi cajero.

— No ha venido aún, señor, le dijo el ayuda de cámara.

— ¡Esos bribones se burlan de mí! Son las ocho y media, y á estas horas debían haber negociado ya un millón.

Cinco minutos después el señor Legras se presentó.

— ¿Qué tenemos en caja?

— Sólo veinte mil francos. El señor ha dado orden de comprar treinta mil francos de renta al contado pagaderos el 15.

— Es verdad, aún estoy dormido.

El cajero miró á Birotteau con expresión ambigua, y se fué.

— Si la verdad fuese desterrada de la tierra, confiaría su última palabra á un cajero, dijo de Tillet. ¿No tenéis una participación en la casa del



joven Popinot, que acaba de establecerse? añadió después de una horrible pausa durante la cual el sudor cubrió la frente del perfumista.

— Si, dijo sencillamente Birotteau, ¿Pensáis que podríais descontar su firma por una cantidad de importancia?

— Traedme letras por valor de cincuenta mil francos aceptadas por él y las haré descontar á un interés razonable en casa de un tal Gobseck, muy complaciente cuando tiene mucho dinero sin colocar y ahora tiene mucho.

Birotteau volvió á su casa afligido, sin darse cuenta de que los banqueros se lo echaban del uno al otro como si jugaran con él al volante; pero Constanza había adivinado ya que todo crédito era imposible. Cuando tres banqueros lo habían rechazado, todos debían haberse consultado acerca de un hombre tan conocido como el teniente alcalde, y, por tanto, el Banco de Francia no era tampoco un recurso.

— Intenta renovar las firmas, dijo Constanza, vete á casa de Claparón, tu consocio, luego á casa de todos aquellos cuyos pagarés vencen el 15, y propónles que acepten otros nuevos. Siempre será tiempo de acudir á descontar la firma de Popinot.

— ¡Mañana es 13! dijo Birotteau del todo abatido.

Según la expresión de su prospecto, él *gozaba* de un temperamento sanguíneo que consume enormemente por las emociones ó por las preocupaciones, y que necesita en absoluto del sueño para repa-

rar sus pérdidas. Cesarina llevó á su padre al salón, tocando al piano, para distraerle, el *Sueño de Rousseau*, preciosa pieza de Herold, mientras Constanza cosía cerca de él. El pobre hombre recostó su cabeza en una otomana; cuantas veces abría los ojos para mirar á su mujer la veía sonreír dulcemente; así se durmió.

— ¡Pobrecito! dijo Constanza. ¡Qué tormentos le amenazan!... ¡Con tal que los resista!

— ¡Oh! ¿Qué tienes, mamá? dijo Cesarina viendo llorar á su madre.

— Hija mía, veo venir la quiebra. Si tu padre se ve obligado á suspender los pagos, no imploraremos piedad de nadie. Hija mía, prepárate á ser la única dependienta de tu casa. Si te veo desempeñar tu cometido valerosamente, aún tendré fuerzas para empezar de nuevo mi vida de trabajo. Conozco á tu padre; no se reservará ni un céntimo; yo renunciaré á mis derechos; venderán todo lo que tenemos. Tú, hija mía, lleva mañana tus joyas y tus ropas á casa del tío Pillereault, porque tú no estás obligada á nada.

Cesarina fué presa de un espanto sin límites, al oír aquellas palabras, dichas con una sencillez religiosa. Concibió el proyecto de ir en busca de Anselmo, pero su delicadeza se lo impidió.

Al día siguiente, á las nueve, Birotteau estaba en la calle de Provenza víctima de ansiedades muy distintas de las que había sufrido. Pedir un crédito es dar un paso corriente en el comercio. Todos los días, al emprender un negocio, es necesario encon-



trar capitales; pero pedir renovaciones es, en la jurisprudencia comercial, lo que la policía correccional es á la Sala de lo criminal, el primer paso hacia la quiebra, como el delito conduce al crimen. El secreto de vuestra impotencia y de vuestros apuros queda en poder de gentes extrañas. Un comerciante se entrega, atado de pies y manos, á disposición de otro comerciante, y la caridad no es la virtud más corriente en Bolsa.

El perfumista, que antes alzaba la cabeza con desenfado, recorriendo las calles de París, hallábase entonces extenuado por las dudas, vacilaba cuando se proponía subir á casa de Claparón; empezaba á comprender que en los despachos de los banqueros el corazón no es más que una viscera. Claparón le parecía tan brutal en su alegría ruidosa y había descubierto en él tanta brusquedad, que temblaba pensando en abordarle.

— ¡Es un hombre vulgar, y la gente del pueblo suele tener más alma!

Tal fué la primera frase acusadora que la rabia de su situación le dictó.

César aprovechó el último aliento de valor que brotaba del fondo de su alma y subió la escalera de un modesto y reducido entresuelo, en cuyas ventanas había visto unas cortinas verdes descoloridas por el sol. Leyó en la puerta la palabra *Oficinas*, grabada en negro sobre un óvalo de cobre; llamó, y como nadie le respondía, entró. Aquellos lugares más que modestia, indicaban miseria, avaricia ó abandono. Ningún empleado aparecía detrás de las

rejillas de latón colocadas á la altura del codo sobre unos tableros de madera blanca, sin pintar, que rodeaban, encerrándolos, mesas y pupitres ennegrecidos. Aquel despacho desierto estaba atestado de tinteros enmohecidos, de plumas despuntadas, carpetas, papeles é impresos, sin duda inútiles. El suelo del pasadizo parecía el de un locutorio de colegio; de tal modo estaba desgastado, súcio y húmedo. La habitación contigua, cuya puerta estaba adornada con la palabra CAJA, armonizaba con las siniestras apariencias del despacho. A un lado había una especie de jaulón de encina con rejilla de cobre y el ventanillo abierto, donde sin duda sólo aparecían las ratas; dentro, un bufete fantástico, un sillón innoble, agujereado, verde, con el asiento roto, por donde asomaba la crin, como la peluca del principal, en mil tirabuzones alborotados. Esa habitación, que sin duda era el salón de la casa antes de convertirse en despacho de banca, tenía por principal adorno una mesa redonda cubierta con un tapete de paño verde, alrededor de la cual había sillas viejas de piel renegrida y clavos desdorados. La chimenea, bastante elegante, no presentaba á los ojos ninguno de esos rastros que deja el fuego; su repisa estaba limpia; su espejo, emporcado por las moscas, tenía una traza mezquina, en concordancia con un reloj de caoba que procedía de la liquidación de algún viejo notario, y que aburría la mirada, contristada ya por dos candelabros sin velas y por el polvo pegajoso. El papel de la pared, color gris ratón con cenefa rosa, anunciaba por sus man-